



*Homilía
en el Centenario de la ordenación sacerdotal
del Padre José Kentenich*

Primera lectura: Isaías 61,1-3 a

Evangelio: Mateo 20,29-28

Mis queridos hermanos en el servicio sacerdotal y diaconal, queridas hermanas y hermanos en la comunidad de la fe:

Cuando se tiene el extraordinario placer de ser invitado a un cumpleaños de cien años, se puede percibir frecuentemente un interesante clima. En el centro está el festejado, rodeado por su familia. Hay pocos amigos: o están muy achacosos, o hace tiempo que no viven más. Entonces muchas veces, con los hijos y los nietos se deleitan recordando el pasado. Se volverán a ver fotografías de los tiempos idos. Todos son felices y están satisfechos, se alegran con el que cumple años y toman bien su café. Una fiesta hermosa, llena de armonía. Sin embargo, no surge de ella dinamismo alguno.

Hoy es distinto. Nuestro festejado no se queda conforme con una porción de torta. Tampoco quiere que miremos ante todo el pasado y nos sorprendamos por lo ocurrido en estos cien años. Quiere que asumamos sus impulsos y que con ellos dirijamos la mirada al futuro, y que nos pongamos en camino hacia ese futuro. Este es el motivo fundamental por el que podemos decir hoy con todo derecho: agradecemos al Padre Kentenich por sus cien años de eficaz labor sacerdotal. Pues por lo que él ha movilizado en los hombres, por lo que ha inspirado a través de sus palabras y el testimonio de su vida, sí, por lo que ha sembrado en los hombres – no solo durante su vida en la tierra – ha sido un pastor de almas y un educador profético. Sigue siéndolo hasta el día de hoy y lo será en el futuro. Por todo esto, es más que una simple noticia marginal el hecho de que justamente en estos días él llegó de nuevo al corazón de la Iglesia, a Roma – exteriormente fundido en bronce – pero más aún llegó con su mensaje, por el que está en medio de nosotros, más vivo y más necesario como nunca antes lo fue.

Pues es su carisma profético el que hoy necesitamos mucho. Todos conocemos la situación en la que estamos hoy como Iglesia: por las faltas de algunos que abusaron de la confianza que se había depositado en ellos, ha sido dañada la credibilidad de la

Iglesia. Tenemos que examinar bien esos casos y los tenemos que tomar muy en serio. Luego nos tenemos que preguntar, sobre todo, como los sacerdotes podemos conquistar de nuevo la confianza, que es la clave de la pastoral. Estoy seguro de que si vamos a la escuela de nuestro Padre y Fundador, entonces habremos encontrado el verdadero camino. Pues, en primer lugar, él nos muestra que nosotros, como sacerdotes, somos portadores del espíritu, que vivimos de la fuerza del Espíritu Santo y somos fortalecidos en nuestro servicio por su acción. Esto es lo que hemos escuchado en la lectura del libro de Isaías, lo que se dice sobre el ungido de Yahvé. Es mucho lo que genera este portador del espíritu, sí, es mucho lo que de él se espera. Curar a los hombres con corazones rotos, anunciar la Buena Nueva a los pobres, consolar a los tristes, y mucho más. (Cfr. Isaías 61,1 y ss). Pero primero está lo decisivo: "El espíritu del Señor Yahvé está sobre mí, por cuanto me ha ungido Yahvé" (Isaías, 61,1). Jesús cita estas palabras en la sinagoga de Nazaret y las relaciona con Él mismo. Y como nosotros hemos sido llamados y capacitados por Él para nuestro servicio, nos lo podemos aplicar. Sí, esta es nuestra primera tarea como sacerdotes: actuar como portadores del espíritu. ¡Para esto hemos sido fortalecidos y capacitados!

Podemos comprobar que este no es ningún enunciado teológico abstracto cuando contemplamos la vida de nuestro Padre. Su vida no parece, a primera vista, destinada a ser la de una personalidad importante y grande de la Iglesia. Al contrario, todo parece apuntar a la vida sencilla de un hombre modesto, del que posteriormente no se supo más nada. Pero todo fue diferente. No a causa de sus propios méritos, sino porque Dios lo llamó y lo eligió, y porque el Espíritu de Dios estaba sobre él. Porque él se abrió al Espíritu de Dios y lo acogió, lo respiró, estaba compenetrado con él. De esta manera él – totalmente libre interiormente – fue conducido por el Espíritu Santo, y se entregó por completo e incondicionalmente a los hombres. Jamás he conocido a otra persona que me escuchara con tanta atención, que me captara tanto interiormente, como nuestro Padre y Fundador. Esto no era simplemente eficiencia humana, esto era un regalo recibido a causa de su profunda compenetración con el Espíritu Santo, por el que estaba totalmente abierto para los hombres y para todo lo que los conmovía y preocupaba.

Queridos hermanos:

Hoy aprovechan el día para la renovación espiritual. Una tarea mensual que nos ha dado nuestro Padre. ¡Y con razón! Pues es mucho lo que nos llega. Hay tantas contradicciones, tantas modas, a menudo ¡simplemente demasiado al mismo tiempo!

Rápidamente estamos entonces ocupados con todos nuestros temas interiores, nos cerramos. Lo que hoy es muy importante, mañana ya se lo olvida. Es difícil quedarse con un tema, buscar el hilo rojo, no saltar interiormente de uno a otro. Me parece que en estos tiempos es más urgente que nunca tener tiempo para detenerse, para darle un lugar en nosotros al Espíritu. Pues no se trata de que el Espíritu de Dios esté presente entre nosotros, se trata sobre todo de que lo dejemos actuar en nosotros, que seamos sensibles a su presencia.

Una expresión algo fuera de moda hoy para mencionar al sacerdote, en alemán, es "Geistlicher", palabra que no simplemente significa eclesiástico, clérigo, sino "hombre del espíritu, hombre espiritual". En esta expresión es evidente lo que debe lograr ante todo nuestra acción como sacerdotes: que nos abramos al Espíritu Santo, que seamos sus instrumentos. Que nos dejemos guiar por Él. Esto no funciona por decreto. Pasa por un permanente estado de atención, permanente apertura y prácticas regulares. Sí, no hay ninguna situación en la que el Espíritu Santo no esté con nosotros. Pero nosotros tenemos que estar atentos para escucharlo. Entonces también podremos, como "hombres del espíritu" formar y darle un sello a nuestro entorno. También en esto podemos aprender del Padre Kentenich. Ni la sensación de la lejanía de Dios en el campo de concentración, ni el descorazonamiento del exilio, lo privaron de vivir de la fuerza del Espíritu Santo, y con esta fuerza se sacrificó por los demás. Formuló clara y sencillamente lo que es el servicio del sacerdote: "¿Cuál es la tarea del sacerdote? Construir un puente. ¿Cómo vemos las orillas que deben ser unidas por un puente? De un lado está el Dios vivo, y del otro lado, el hombre. La tarea del sacerdote consiste en unir mutuamente a Dios y al hombre con un vínculo indestructible, lleno de amor, duradero. No es nada nuevo, es una perogrullada. Y sin embargo, cuando instalamos esta verdad en la confusión del tiempo actual, comprobamos que vivimos en una época que huye de Dios". Y justamente por eso, dice nuestro Padre, es esta la tarea principal: "Hacer que Dios esté vivo para la sensibilidad del hombre actual, y que sea objeto de un cálido, íntimo amor – pontifex". (Homilía en una primera Sta. Misa en Milwaukee, 1963).

Esta sencilla expresión cobra para nuestra Iglesia una enorme fuerza explosiva. Es sencillamente una cuestión de supervivencia para nuestra fe y para el Evangelio, y con eso para la Iglesia, que logremos que los hombres de nuestro tiempo se abran a Dios. Pero esto no sucederá mientras lo anunciemos en abstracto.

No se puede lograr tampoco si confiamos solamente en la fuerza de la liturgia, por más valiosa e importante que ella sea. Depende de vivir como "hombres espirituales"

desde lo interior, de estar abiertos para las inspiraciones de Dios y las preguntas de los hombres. No de arriba hacia abajo. Sino mientras nos encontramos mutuamente con el Dios de la vida. En nuestras comunidades sacerdotales en Schoenstatt hemos formulado esto en el texto en el que explicamos nuestra imagen sacerdotal. Dice así: "Nosotros, los sacerdotes, necesitamos ante todo tener una mirada para distinguir lo que realmente conmueve a los hombres y lo que sirve a la vida. Se trata de fundar, respetuosamente, el anhelo de los hombres por el amor, por la dignidad y la verdad, y llevar estos anhelos a Dios, la meta de todas las búsquedas humanas. Es válido servir desinteresadamente a la vida de los demás y no poner en primer lugar la formación y las prescripciones". En estas frases nos encontramos con el ejemplo de cómo actuó nuestro Padre como sacerdote. Y por eso es justamente tan importante en estos días que nuestro Padre haya llegado a Roma, en medio de la Iglesia, para que con ello esta actitud pueda desarrollarse cada vez más. Aquella actitud, que nos hace preguntar juntos por lo que Dios nos quiere decir en este tiempo. Aquella actitud del que no conoce ya todas las respuestas, sino que nos deja caer, llenos de confianza, en los brazos de Dios.

Podríamos caer en la desesperación con todo lo que experimentamos en estos días, si no tuviéramos esta confianza en que es Dios quien nos da la meta que nos impulsa. Muchas veces nos desanimamos cuando al ver lo que sucede en el mundo, no podemos descubrir las huellas de Dios y las interpelaciones que nos hace. Esta actitud y esta convicción atraviesan la vida de nuestro Padre como un hilo rojo. Él nos animó también a descubrir la obra de Dios en nuestro mundo y a dejarnos guiar por Él. Y Él nos conduce a una clave importante de nuestra espiritualidad: María

Ella es la mujer que se dejó guiar durante toda su vida por el Espíritu Santo. Desde su concepción hasta su oración pentecostal en el Cenáculo, María fue cubierta y traspasada por el Espíritu Santo. Quien se confía a Ella, forma con Ella el camino de su vida, aprende a ser un vaso vacío para el obrar del Espíritu. O, como dice en nuestro texto sobre la imagen sacerdotal: "De Ella [María], aprendemos a abrirnos continuamente al Espíritu de Dios y a arriesgar algo confiando en su fuerza". Sí, por este motivo la vinculación a María no es ningún fenómeno secundario en el cristianismo, del que quizás aún pueda ocuparse cuando ya se haya hecho todo lo demás. Ella es un elemento central de nuestra fe, porque conduce a la decisiva actitud fundamental del ser cristiano. En la medida en que nos vinculemos a María seremos verdaderamente "hombres espirituales", porque Ella nos lleva a dejarnos caer confiadamente en las manos de Dios.

Queridos hermanos:

Por esta vinculación a María José Kentenich se transformó en esta gran figura paterna, que ha atraído a más y más personas, y que las sigue atrayendo. Hoy, cien años después de su ordenación sacerdotal, sigue actuando en nosotros y a través de nosotros. Él nos envía hoy a realizar una Iglesia viva, acuñada por el espíritu, dinámica y fraternal. Es su imagen de la Iglesia nueva; la imagen de una Iglesia que sirve a la vida de los hombres, que está aquí para los hombres. La imagen de una Iglesia humilde y sin embargo llena de dignidad interior. La imagen de una Iglesia aprehendida por el Espíritu Santo y que actúa por su fuerza, que por eso está siempre en movimiento y permanece viva.

Por ello estamos invitados y requeridos, justamente hoy, a llevar esta dinámica a la Iglesia. Lo hacemos por nuestro Padre y con él. Él nos ha regalado a todos abundantemente. Quiere obrar aún más dentro de la Iglesia, que precisamente necesita esto con urgencia: la renovación en el Espíritu Santo. Con la certeza de que hoy somos sus vasos vacíos y sus instrumentos, y de que Él obra a través de nosotros, queremos renovar ahora nuestras promesas de la consagración.